

V22 N65 | 2023

<http://dx.doi.org/10.32735/S0718-6568/2023-N65-1868>

El estallido chileno a la luz de la década global de los movimientos sociales

Geoffrey Pleyers

FNRS-UCLouvain, Louvain-la-Neuve, Bélgica

Geoffrey.Pleyers@uclouvain.be

Recibido: 15.03.2023 | **Aceptado:** 10.05.2023

Resumen: Este artículo propone analizar el despertar chileno a la luz de la ola global de movimientos sociales y revueltas ciudadanas que surgieron desde el 2010 en adelante, en todas las regiones del mundo. Se realizaron entrevistas, observaciones directas y análisis del estallido chileno, y de una serie de movimientos sociales ocurridos dentro de este periodo. A partir de estos resultados, el artículo propone destacar ocho características compartidas por estas movilizaciones internacionales que contribuyen a un análisis del movimiento chileno y de sus impactos. Estas son: las escalas y los espacios de la acción; la forma de organización reticular y adhocrática; las demandas formuladas en términos de dignidad, justicia social y democratización; las dimensiones subjetivas de estos movimientos; las dimensiones expresivas y artísticas; los espacios de encuentros y de experiencia; las dimensiones interseccionales; y la evolución de la relación a la política institucional. Analizar el movimiento chileno a partir de características compartidas con revueltas y movimientos de la “ola global de movimientos de los años 2010” invita a cambiar la mirada sobre los impactos del estallido. Más allá de sus impactos a corto plazo en la política institucional, se invita a considerar las huellas del movimiento en distintos ámbitos de la sociedad chilena, sin negar ni la importancia de los cambios políticos, ni el peso de los actores conservadores.

Palabras clave: Estallido chileno; movimientos sociales; cambio social; subjetivida.

The Chilean awakening in the global decade of social movements

Abstract: This article analyzes the Chilean Awakening in light of this global wave of social movements and citizen revolts that emerged since 2010 in all regions of the world. Based on interviews, direct observations and analysis during the Chilean outbreak and a series of international mobilizations throughout the decade, the author points to eight characteristics shared by these international mobilizations that contribute to an analysis of the Chilean movement and its impacts: the scales and spaces of action; the form of reticular and adhocatic organization; the demands formulated in terms of dignity, social justice and democratization; the subjective dimension of these movements; the expressive and artistic dimensions; the spaces of encounters and experience; the intersectional dimensions and the evolution of the relationship to institutional politics. The last section invites us to make the link between social movements, institutional politics and social change more complex. Without denying the importance of political processes, reducing social movements to their impact on institutional politics is an analytical bias that prevents us from understanding some fundamental dimensions of these actors and the most crucial part of the change they drive.

Keywords: Chilean awakening; social movements; social change; subjectivity

O surto chileno à luz da década global dos movimentos sociais

Resumo: Este artigo se propõe a analisar o despertar chileno à luz da onda global de movimentos sociais e revoltas cidadãs que surgiram a partir de 2010, em todas as regiões do mundo. Foram realizadas entrevistas, observações diretas e análises do surto chileno e de uma série de movimentos sociais ocorridos nesse período. Com base nesses resultados, o artigo propõe destacar oito características compartilhadas por essas mobilizações internacionais que contribuem para uma análise do movimento chileno e seus impactos. São eles: as escalas e espaços

da ação; a forma de organização reticular e adhocrática; as reivindicações formuladas em termos de dignidade, justiça social e democratização; as dimensões subjetivas desses movimentos; as dimensões expressiva e artística; espaços de encontro e vivência; as dimensões interseccionais; e a evolução da relação com a política institucional. Analisar o movimento chileno a partir de características compartilhadas com revoltas e movimentos da “onda global de movimentos dos anos 2010” nos convida a mudar nossa perspectiva sobre os impactos do surto. Além de seus impactos de curto prazo na política institucional, convida-se a considerar os rastros do movimento em diferentes áreas da sociedade chilena, sem negar a importância das mudanças políticas ou o peso dos atores conservadores.

Palavras-chave: explosão chilena; movimentos sociais; mudança social; subjetividade.

Como citar este artigo:

Pleyers, G. (2023). El estallido chileno a la luz de la década global de los movimientos sociales. *Polis Revista Latinoamericana*, 22 (65), 320-351. doi: <http://dx.doi.org/10.32735/S0718-6568/2023-N65-1868>

Introducción

El estallido que inició el 18 de octubre 2019 en Chile es un evento histórico que marcó profundamente la historia del país y a los ciudadanos que participaron en él. Fue un evento profundamente impregnado por la cultura política chilena, así como el contexto político, social y económico del país. También, por los movimientos sociales que conmovieron el país en la década anterior, en particular el movimiento estudiantil del 2011, las movilizaciones masivas en contra de los fondos de pensiones privados (Miranda, 2022) y el movimiento feminista de 2018. Igualmente, por distintos escándalos que indignaron la conciencia nacional, como fueron las revelaciones sobre los maltratos y abusos que recibieron los niños, niñas y adolescentes en las instituciones del Servicio Nacional de Menores (SENAME), los escándalos de corrupción, y los abusos de la elite política y económica.

Si bien se trató de un evento profundamente chileno, “el estallido” también se inscribió en una ola global de movimientos sociales que sacudieron países en todas las regiones del planeta desde 2011 (Bringel y Pleyers, 2017). Esta ola tuvo un vigor particular en 2019, como ocurrió en América latina (Muggenthaler, Bringel y Martínez, 2021), Irán, El Líbano y Sudán. Esta ola global de movimientos **no se encarna en una red que coordina a los activistas de todos los continentes, menos aún en una organización internacional**. Tal como el movimiento global de 1968 o la primavera de los pueblos que sacudió Europa en 1848, los actores que conforman este movimiento global actúan de manera descentralizada y se organizan a nivel nacional y local. Comparten, sin embargo, mucho más que tácticas, un uso eficaz de las redes socio-digitales, y un repertorio de acción común (como son la ocupación de plazas centrales en las ciudades o los gráficos urbanos que encarnan una fuerte dimensión expresiva de estos movimientos) y tácticas. En todos los continentes, y bajo regímenes políticos muy distintos, ciudadanos y activistas formularon demandas similares: más democracia, mayor justicia social y, sobre todo, dignidad (Pleyers, 2018). También aprendieron los unos de los otros.

Analizar el despertar chileno a la luz de esta ola global de movimientos sin caer en un “globalismo metodológico” (Pleyers, 2023), requiere sobrepasar la falsa dicotomía entre lo “nacional” y lo “global”. Como todos los movimientos de esta ola, el despertar chileno es a la vez un movimiento profundamente nacional y un eco de un movimiento global. Considerar al movimiento chileno en tanto componente de un movimiento global no tiene como propósito negar su carácter nacional ni sus especificidades. Más bien invita a ver y analizar este movimiento a la luz de características compartidas con movilizaciones similares en otros países y, por lo tanto, de beneficiarse del retraso analítico y de los aprendizajes de estos movimientos para entender mejor algunas

características y desafíos de lo que se conoció como el despertar chileno. Bajo esta perspectiva, una sociología global de los movimientos sociales nos puede ayudar a entender la naturaleza y los desafíos de los movimientos sociales contemporáneos a partir de experiencias similares en otros países.

En esta contribución, menciono en ocho categorías algunas características que comparten tanto el “despertar chileno” como otros movimientos contemporáneos que buscan la democracia, la justicia social y la dignidad: las escalas y los espacios de la acción; la organización; los valores centrales; los componentes subjetivos; las dimensiones expresivas y artísticas; los encuentros entre ciudadanos de distintas categorías sociales; las dimensiones interseccionales de estos movimientos y las evoluciones de su relación con la política institucional. El artículo se cierra con una reflexión sobre las conexiones entre los movimientos sociales y el cambio social, que es menos lineal y más complejo que lo que asumen muchos actores y analistas de los momentos de efervescencia de estos movimientos.

Metodología

Este artículo se inscribe en el marco de una investigación sobre la “ola global de movimientos sociales” que surgió en todos los continentes desde 2011 (Glasius y Pleyers, 2013). Desde 2011 realicé un trabajo de campo con distintos alcances e intensidad en distintos países, con una perspectiva metodológica y epistemológica para una sociología global que expuse en un artículo reciente (Pleyers, 2023). Entrevisté a activistas y participé en protestas y asambleas, sobre todo en Barcelona, Londres, Túnez, Nueva York, Hong Kong, Moscú, Bucarest y la Ciudad de México. Llevé a cabo un trabajo de campo más prolongado en países en los que tenía cierta experiencia investigadora (tres meses y 37 entrevistas en Río de Janeiro en 2013; 72 tardes y noches, más

de 30 entrevistas y dos series de seis grupos focales in situ durante "Nuit Debout" en París en 2016). Aunque no pretendo haber adquirido un conocimiento profundo de la movilización o del levantamiento de cada país, aprendí mucho en cada lugar presenciando acciones y asambleas y entrevistando o compartiendo esperanzas, miedos, retos y perspectivas con los actores de estos movimientos. Estas experiencias y datos de primera mano también me permitieron comprender mejor las noticias y la literatura dedicadas a estos movimientos en los años posteriores a mi estancia.

En noviembre de 2019, realicé entrevistas con activistas en Santiago en estancias durante los años 2014 y 2016. En noviembre de 2019, hice 27 entrevistas con activistas de distintas generaciones que participaron en las ocupaciones cotidianas de la "Plaza Dignidad" en Santiago. En estancias anteriores y posteriores en Chile (2014, 2016, 2017, 2019, 2021, 2023) realicé entrevistas con seis jóvenes "alter-activistas" que no se citan directamente en este artículo, pero me ayudaron a entender las conexiones entre los distintos movimientos sociales de la década en Chile. A este material empírico, se agregan innumerables conversaciones con investigadores, estudiantes de doctorado y activistas durante mis cinco estancias en Chile. El destacado antropólogo Franz Boas consideraba que aprendía más de reiteradas estancias cortas en tribus y comunidades y de la posibilidad de compararlas con otros lugares, que de estancias más prolongadas en la misma tribu (Elwert, 2001). Llevar a cabo varias estancias de investigación intensas o de observaciones participativas (durante las protestas agitadas como en las fases de latencia) en el mismo sitio, permite comprender mejor la evolución de los movimientos, el objeto de su lucha y el cambio social que contribuyen a producir. También permite conocer mejor el contexto nacional observando y siendo testigo de sus evoluciones, leyendo la prensa y manteniendo un diálogo con los

investigadores locales durante varios años. Y lo que es más importante, visitas regulares en un sitio fomentan las relaciones de confianza con los activistas e investigadores locales.

Llevar a cabo trabajo de campo en distintos países ayuda a captar posibles resonancias entre revueltas u oleadas de protestas. Cada estancia de investigación aporta nuevos datos que refuerzan y cuestionan los análisis anteriores. Revela acontecimientos recientes que pueden ser específicos del movimiento nacional o reflejarse en otros actores de la ola global de movimientos. Por ejemplo, mi estancia de investigación en Santiago en noviembre de 2019 me permitió desarrollar un análisis específico del estallido, basándome tanto en mis análisis de movimientos similares en otros países como en lo que pude aprender durante estancias anteriores en Chile. Además, hice hincapié en las diferencias significativas entre las distintas etapas de los movimientos y estallidos populares de la década de 2010, particularmente destacando su relación con la política institucional.

1. Escalas y espacios

Movilizaciones nacionales. Una característica compartida por los movimientos, revueltas y estallidos que surgieron desde 2011 es la inscripción de sus luchas y sus reivindicaciones en un marco nacional. Su foco organizativo ocurre a escala nacional (Glasius y Pleyers, 2013; Della Porta, 2015). Este enfoque los distingue de movimientos de la década anterior, que tomaba como blanco las instituciones internacionales (como la Organización Mundial del Comercio (OMC) y el Fondo Monetario Internacional) y se reunían en eventos regionales o globales como los Foros Sociales Mundiales.

Uso intenso de las redes socio-digitales. Desde el surgimiento de las redes socio-digitales durante la década del 2000, cambió la manera en que se organizan y se viven los movimientos (Rovira, 2018), al punto en que algunos analistas se refirieron ellos como “las revoluciones Twitter”. Las redes socio-digitales proporcionaron plataformas para difundir el movimiento chileno (también conocido por su hashtag #18O que resuena con el #15M español de 2011) y organizarlo, expresar sus demandas, compartir los motivos de indignación y el repertorio de acción, comunicarse entre los participantes, así como ofrecer información alternativa a los medios de comunicación masivos.

Sin embargo, desde 2011, lo que ha caracterizado a muchas protestas no ha sido el tránsito de lo “real” a lo “virtual” sino la combinación del uso masivo de las redes digitales con la “territorialización” de los movimientos, poniendo en el eje de su repertorio de acción la ocupación de espacios públicos en los centros de las ciudades (sea de manera permanente como la Plaza Tahrir en Cairo o la Plaza del Sol en Madrid, sea de manera cotidiana pero intermitente como la Plaza de la República en París o la Plaza Dignidad en Santiago, donde los participantes no acampaban en el sitio pero regresaban cada día al final de la tarde). En otros países, fueron marchas cotidianas o semanales las que ocuparon el espacio público, social, político y mediático. En casi todos estos casos, las manifestaciones fueron complementadas con asambleas populares en los barrios, impulsadas por la intención de reapropiarse del territorio, reforzar el tejido social y abrir espacios de participación. Los movimientos contemporáneos articulan (y no oponen) el activismo digital y el mundo “real”; las redes socio-digitales de información y los medios de comunicación tradicionales; las campañas en línea con las movilizaciones en las calles y las ocupaciones de plazas.

2. Otra forma de organizarse, otras formas de activismo

Otro punto común a los estallidos y revueltas de esta década es que las organizaciones y las militancias tradicionales no han ocupado un rol central. Los ciudadanos salieron a la calle en nombre de su indignación y no a raíz de una convocatoria de organizaciones, sindicatos o líderes políticos. Es más, en muchos países, los actores de las ocupaciones de plazas durante los años 2010, prohibieron las banderas y las pancartas de partidos, organizaciones militantes y a menudo hasta de asociaciones (ver por ejemplo Turkmen (2016) para el caso de Turquía). Al punto que analistas—incluso en Chile— consideraron estos estallidos como “no organizados” e insistieron en la necesidad de “organizar” el movimiento para lograr resultados concretos. El sociólogo árabe Assef Bayat (2017) se refiere a estos ciudadanos aparentemente no organizados como “no movimientos sociales”. En Túnez, la revolución sorprendió a muchos activistas de izquierda que tardaron en comprender lo que pasaba. Fue sólo después de varias semanas que el principal sindicato, la UGTT, se involucró en el proceso como organización. Este escenario se reproduciría en las revueltas ciudadanas a lo largo de la década. En Chile, militantes del Partido Comunista y de las organizaciones de izquierda con los cuales conversé me explicaron que llevaban años esperando una revuelta social contra el neoliberalismo, pero se encontraron desorientados cuando estalló la revuelta ciudadana en octubre del 2019, preguntándose cuál era su papel y su lugar en este movimiento sin precedentes. Muchos también se preguntaron cuáles eran las organizaciones que lo habían impulsado, ya que no podían concebir que ninguna organización (formal) determinada estuviera detrás del estallido.

La ausencia de organización formal no significa que los ciudadanos y activistas de estos movimientos estuvieran desorganizados. Por el contrario, fueron eficaces en organizarse,

pero de otra manera, siguiendo otras lógicas. En lugar de organizaciones formales, los ciudadanos y los activistas optaron por redes fluidas, grupos de afinidades y redes “adhocráticas” definidas como “estructuras organizativas fluidas en las cuales los miembros que la componen en un primer momento adoptan roles ad-hoc para cumplir con un propósito personal, con base en proyectos de vida individuales que luego se interpretan como objetivos colectivos” (Henríquez, 2020, p.42).

En este punto clave, el estallido de 2019 contrastó con el movimiento estudiantil de 2011, en el cual organizaciones estructuradas, y en particular las federaciones estudiantiles y algunos partidos políticos, jugaron un papel importante (Disi, 2018). No significa que organizaciones sindicales no tomaron una parte activa en el estallido del 2019. La huelga sindical de noviembre 2019 fue un elemento importante del estallido (Osorio & Velásquez, 2021), y marchas sindicales mostraron el alcance del movimiento en sectores amplios de la sociedad. El estallido también hizo suyo algunas de las principales reivindicaciones sindicales, como la lucha para mejores condiciones de trabajo y mejores jubilaciones, y en contra de las AFPs (Miranda, 2021; Julián-Vejar, Osorio y Pérez, 2022).

Sin embargo, como ocurrió en la revolución tunecina, el 15M, Occupy Wall Street, o los chalecos amarillos en Francia (Bérout et al. 2022), las organizaciones sindicales no ocuparon el rol central ni en el surgimiento del movimiento, ni en su organización, ni en la experiencia de los ciudadanos que se juntaron en las plazas o en las asambleas populares. Los temas laborales eran parte de las reivindicaciones principales del estallido de 2019 pero los actores los expresaban en otros repertorios, distinto a la manera en que lo hacen los sindicatos. Muchos sindicalistas participaron en el estallido como ciudadanos más que como integrante de una organización sindical. Más que la presencia o la ausencia de los sindicatos, lo que ha caracterizado los movimientos “post-2011”

son nuevas relaciones, tensiones, articulaciones y colaboraciones entre organizaciones sindicales y movimientos o redes ciudadanos (Béroud et al., 2022). En Chile, las principales movilizaciones del movimiento "No + AFP" nacieron de convergencias, tensiones y colaboraciones entre un movimiento ciudadano y los sindicatos (Miranda, 2021). Y una lógica similar precedió la participación de los sindicatos en el estallido de 2019 y los procesos sociales que lo siguieron.

3. Dignidad, democracia y justicia social

La revolución tunecina de 2011, la primera de esta "década de los movimientos sociales", se auto-denominó "la revolución de la dignidad". Al final del decenio, los chilenos también pusieron la dignidad en el centro de su estallido. En la ciudad de Santiago, la plaza que concentró las manifestaciones y ocupaciones fue bautizada como "Plaza Dignidad", utilizando esta palabra en innumerables eslóganes y obras gráficas. Entre la década de 1990 y 2000, filósofos y sociólogos asociaron la dignidad con el repertorio del reconocimiento, con un valor "pos-materialista". Sin embargo, lo que caracteriza a los movimientos de la década del 2010 es la estrecha vinculación que establecen entre las dimensiones socioeconómicas y culturales al afirmar y exigir dignidad, así como en cada una de sus reivindicaciones y prácticas. Las múltiples entrevistas que he realizado a activistas de distintos movimientos alrededor del mundo confirman este hallazgo. Para ellos, la dignidad se asocia estrechamente tanto con dimensiones de reconocimiento como con demandas sociales y económicas: "La dignidad es la posibilidad de vivir sin tener que pedirle a mi madre una limosna cada semana cuando ya tengo 25 años. Si tengo un trabajo, y puedo ganarme la vida, puedo caminar con la cabeza alta" (un joven tunecino, entrevista, Tunes, 2013). De igual manera, lo que pidieron los chilenos durante el estallido de 2019 es que el Estado los trate a cada uno con dignidad y garantice a todas y

todos, las condiciones materiales para “vivir dignamente”. “Lo que más afecta a nuestra dignidad es el caso de los abuelos que tienen que vivir con 100 lucas [100 mil pesos], que en Chile es nada. Este dinero apenas alcanza para comprar medicamentos. Evidentemente es un ataque a la dignidad de las personas” (un hombre de 46 años, entrevista, Plaza Dignidad, Santiago, noviembre 2019).

Si bien las reivindicaciones sociales han sido importantes y a menudo centrales, las principales movilizaciones ciudadanas desde el 2011 se han quedado lejos de un “anti-capitalismo”, muchas a veces proyectado por los propios intelectuales y militantes de la izquierda radical. Desde las revoluciones árabes del 2011 hasta los estallidos en América Latina en 2019, los ciudadanos han exigido poder vivir dignamente de su trabajo, poner fin a los abusos y privilegios de las élites económicas y políticas. No obstante, en ningún país estos movimientos ciudadanos para la democracia han cuestionado las bases del sistema capitalista, a diferencia de franjas importantes de los movimientos ecologistas, indígenas y altermundialistas.

Para el caso chileno ocurre algo similar. La desigualdad y la injusticia económica, social y política constituyen las mayores fuentes de indignación y de malestar (Araujo, 2021) lo que ha ido alimentando a estos movimientos. Lo que pedían la mayor parte de los manifestantes era el derecho a vivir dignamente de su trabajo, de tener la posibilidad de ahorrar para asegurar una pensión digna, de no tener que endeudarse para estudiar, y una distribución menos injusta de los ingresos. Estas demandas reflejan la ruptura con las creencias en el modelo neoliberal y meritocrático por una parte de la población (Cortés, 2022) y que presentaba Chile como un “oasis” de estabilidad, desarrollo y bienestar dentro del vecindario latinoamericano. También revelan una moderación de las demandas del movimiento, que por una

parte sí pidió reformas constitucionales y un capitalismo menos injusto, pero que al mismo tiempo no buscaba para un cambio radical y un modelo de sociedad alternativo al capitalismo.

Estos movimientos y revueltas también tuvieron un componente generacional. Por un lado, en Chile como en Brasil, se trató de la primera generación de jóvenes que había nacido y crecido después de la dictadura, y que pedía más (de la) democracia que protecciones en contra de los abusos de la dictadura. Por otro lado, desde el mundo árabe (Khosrokhavar, 2013) hasta América latina (Disi, 2018; Brunner, 2021), las protestas encontraron una de sus fuentes en la tensión generada por los panoramas contrastantes de la masificación de la educación superior, y de los sistemas políticos y económicos que limitaban las posibilidades de realización de las aspiraciones tanto personales (y) como colectivas, bajo la precarización laboral y el endeudamiento.

4. Una fuerte dimensión subjetiva

Las subjetividades individuales y colectivas se afirman y construyen en los movimientos sociales. Esto ha ocurrido en todos los lugares donde han estallado estas revueltas. Los movimientos sociales brindan “espacios de experiencia”, favorables a la experimentación y a los procesos de subjetivación, donde la autoproducción de sí mismo como persona y la percepción del impacto que uno tiene en la sociedad se refuerzan mutuamente (Pleyers, 2016). Estos espacios y eventos constituyen una experiencia efímera pero intensa y significativa en la vida de los participantes (McAdam, 1982) y suelen tener un impacto a largo plazo en su compromiso social y político, al igual que en su visión del mundo y su subjetivación.

Para quienes tomaron parte de él, el estallido no ha sido sólo una experiencia colectiva y política, sino que también una vivencia

profundamente personal (Ganter, Goecke, Henríquez y Zarzuri, 2022; Sandoval, 2023). Al relatar sus propias vidas y escuchar a los demás en las plazas, muchos desarrollaron una mirada reflexiva sobre sus experiencias personales y el modelo meritocrático. "Abrieron los ojos" repetían los activistas en las entrevistas como en las obras gráficas alrededor de la Plaza Dignidad.

La experiencia del estallido llevó a cuestionar las promesas del sistema meritocrático y neoliberal a partir de su propia subjetivación, entendida como la construcción de sí como persona y la concepción de la vida que uno quiere vivir. Por añadidura, la participación al movimiento desembocó para muchos en un profundo cuestionamiento personal. Después de dedicar la mayor parte de su tiempo y energía al trabajo (Araujo y Martucceli, 2012), muchos entrevistados expresaron su voluntad de "recuperar su vida". Un trabajador presente en la Plaza Dignidad lo compartió en estos términos durante la entrevista:

"En una oportunidad, me dije '¿En qué momento nos convertimos en esto?'. Porque vivíamos estresados, cansados. Trabajaba en un banco, entraba a las siete de la mañana ¡y a veces me iba a las dos de la mañana! ¿Qué vida tenía con mi familia? (...) Desde el 18 de octubre, hay algo, un fenómeno, que no logro identificar todavía con el cambio. Lo único que sé es que me siento feliz. (...) Es un mundo tan egoísta. Nos enseñaron a ser egoístas. En estos 20-25 años, no nos enseñaron a ser personas, sino a ser "neoliberales". (...) Yo no sé en lo que nos convertimos. ¿Cuándo nos pasó esto? ¿En qué minuto me pasó esto?, ¿a mí?, encerrado en el mundo del trabajo, trabajar, trabajar, trabajar, y no me di cuenta como pasó. ¡Pasaron 30 años por mi lado!" (entrevista, Plaza Dignidad, noviembre 2019).

5. Dimensiones expresivas y artísticas

En los distintos lugares donde han estallado revueltas y movimientos ciudadanos desde 2011, han surgido creaciones artísticas que reflejan la indignación ante la injusticia, la rabia hacia la violencia estatal y la demanda de justicia social. Si bien la revolución tunecina no consiguió dar un futuro a la juventud del país y su legado democrático en la política institucional quedó en gran medida desmantelado, impregnó profundamente la subjetividad de los ciudadanos, y en particular la de los jóvenes, su relación con el Estado, con la sociedad y consigo mismos. La expresión de estas subjetividades se plasma en particular en un dinamismo y una creatividad artística que toca todos los campos, desde el cine y la música hasta el arte callejero (véase por ejemplo Laine, Suurpää y Ltifi (2017) sobre el caso tunecino).

Rara vez esta creatividad artística que acompaña las revueltas ciudadanas tuvo tanta amplitud que en el estallido chileno. En los meses que siguieron el 18 de octubre 2019, decenas de artistas escribieron canciones dedicadas al movimiento, al punto que David Ponce (2020) habla de un “estallido sonoro”. Tampoco se puede relatar y menos entender el estallido sin los innumerables poemas que contaron y difundieron las esperanzas, los miedos y las experiencias de los que lo vivieron (Ganter, Zarzuri, Henríquez y Goecke, 2022). Otros participantes se expresaron a través de bordados y arpilleras.

Entre todas las formas de arte que han surgido en los estallidos y las plazas ocupadas ocupaciones, las pinturas murales y los grafitis tuvieron una importancia particular. Configuraron el espacio, encarnaron la reapropiación de la ciudad por un movimiento popular. Alrededor de la Plaza Dignidad, como en innumerables plazas de Chile, los grafitis y el arte mural, cambiaron “no solamente la fisonomía de los espacios, también sus usos y signi-

ficados. Las plazas se transformaron en espacios relacionales, lugares de encuentro, interacciones y cooperación, así como en espacio de defensa y enfrentamiento en contra de la violencia policial" (Paredes, 2021b).

Se mantuvieron varios años en las paredes del centro de Santiago como sedimentos de la revuelta y de su creatividad. Tres años después del estallido, las obras de arte gráficas siguen poblando el centro de Santiago y de muchas ciudades del país. Recuerdan la energía y la creatividad de la revuelta, mantienen su memoria. Son huellas de la lucha, de sus esperanzas, de sus valores y de la sociedad alternativa que lleva dentro, no de una lucha abstracta, sino de un movimiento social tal y como lo vivieron los actores. También encarnan y la prolongan un movimiento y sus reivindicaciones que siguen vigentes. Los centros de las ciudades en el momento álgido de la rebelión, pero también la prolongan años después. Estas artes gráficas se dirigen tanto a los actores que vivieron el movimiento y aún lo llevan consigo, como a las autoridades políticas y a los transeúntes (Henríquez, 2022), interpelando a estos últimos sobre las injusticias del sistema social y económico de un país profundamente neoliberal y desigual.

La creatividad y la afirmación de la subjetividad no son sólo medios utilizados en el compromiso con una causa. Constituyen el corazón mismo de la resistencia frente a la invasión del mundo experimentada por las fuerzas de la globalización neoliberal. La reivindicación de esta subjetividad se opone al proceso de sometimiento y formateo por parte del sistema, que es tanto económico como cultural. Más allá de la traducción de algunas de las reivindicaciones del movimiento a la política institucional, el movimiento trata sobre todo de la afirmación de las subjetividades y del mundo de la vida frente al sistema.

6. Más allá de la convergencia: Espacios de encuentros

Un elemento clave de estos movimientos es que proporcionaron espacios y dispositivos en los cuales los participantes tejieron relaciones sociales densas y profundas. Las plazas se volvieron “espacios de experiencia”, entendidos como “lugares distanciados de la sociedad capitalista que permiten a los actores vivir de acuerdo con sus propios principios, entablar relaciones diferentes, expresar su subjetividad y que favorecen los procesos de subjetivación” (Pleyers, 2010, p.39).

En todas las ciudades de Chile, las plazas ocupadas se volvieron espacios de sociabilidades (Paredes, 2021), donde los ciudadanos compartían con, compartieron las dificultades de sus vidas y sus esperanzas. Se abrieron al otro no sólo de las convicciones compartidas, sino que también de sus dudas políticas y existenciales, con la fragilidad de la experiencia y los procesos de subjetivación. Estas relaciones de confianza, la apertura y la atención al otro que caracterizó las relaciones sociales en la Plaza Dignidad, contrastaron con la amplitud de la desconfianza que caracteriza la sociedad chilena (Somma et al., 2021), tanto frente a la política como entre ciudadanos.

Este encuentro con los otros también ocurrió a nivel colectivo. Un punto en común entre muchos de los movimientos y revueltas “de las plazas” es el encuentro de categorías sociales que habitualmente no se mezclan, ni en la vida cotidiana, ni en las movilizaciones sociales. Aquellos que estuvieron en la Plaza Dignidad recordarán las banderas de equipos de fútbol rivales flameando arriba de la estatua de Baquedano. Quienes formaron parte de la Primera Línea también recordarán el apoyo de algunos miembros de las “barras bravas” quienes usaron su experiencia de confrontaciones con la policía en los estadios para defender la plaza ocupada. Lo mismo ocurrió en El Cairo durante la revolución

de 2011 cuando los “ultras” de clubes rivales se aliaron para defender la Plaza Tahrir frente a las fuerzas armadas o en el movimiento de Gezi en Estambul en 2013.

7. Movimientos interseccionales

Tal como se mencionó anteriormente, los “movimientos de la década de los años 2010” se caracterizan por una estrecha articulación de reivindicaciones económicas y culturales (materialistas y pos-materialistas) (Pleyers, 2018) así como por una **dimensión interseccional** que se ha reforzado a lo largo de la década.

La **feminización** de los movimientos sociales ya era un elemento clave de las movilizaciones a inicios de la década. Las mujeres tomaron un protagonismo central en la revolución tunecina, en el 15M español y más aún, en el movimiento de Gezi en Turquía en 2013 (Turkmen, 2016), entre otros movimientos. Esto se fue reforzando a lo largo de la década, como en el caso del movimiento democrático en Sudán (Handique, 2020), así como en el movimiento “Mujer, libertad, vida” en Irán en 2022 (Khosrokhavar, 2023-, por nombrar los casos más emblemáticos. Más allá de sus protagonistas, esta feminización se debe a la creciente influencia de una cultura y de prácticas feministas en estos movimientos sociales (Suárez- Krabbe, 2020; Khosrokhavar, 2023). Se encarna notablemente en la importancia del cuidado entre activistas, la atención a los demás participantes, en otro estilo de liderazgo y en la producción de espacios en los cuales las relaciones humanas se pueden expresar a partir del cuidado mutuo.

La dimensión feminista fue crucial en el estallido chileno, prolongando el movimiento feminista nacional que surgió con fuerza el 2018 (Ponce Lara, 2020). La *performance* del colectivo,

“Las Tesis” encontró un eco global y fue reproducido en distintos países. El estallido también generó la marcha feminista más grande de la historia de Chile: el 8 de marzo 2020. Más importante aún son sus ecos a nivel personal y en la producción de relaciones entre los ciudadanos. Cuando pregunté qué había cambiado el estallido, una joven activista me contestó: “Desde el 18 de octubre, hablamos de nuestras emociones en la cena en mi familia” (entrevista con una estudiante en derecho, 21 años, Santiago, nov. 2019).

Otra dimensión interseccional del movimiento que se ha repetido en numerosos países ha sido el encuentro entre ciudadanos urbanos y “no racializados”, con actores populares y/o de etnias dominadas por el estado nacional y colonial. La participación de minorías dominadas en los movimientos “post-2011” contrasta fuertemente con la ola de protestas altermundialistas a finales de los 1990 e inicio de los años 2000. Si bien el movimiento zapatista era una inspiración compartida por mucho de los jóvenes activistas, el público movilizado en las protestas altermundialistas en las ciudades del norte global pertenecía en su gran mayoría a la clase media intelectual, y en su inmensa mayoría “no-racializadas” (blancos), al punto que se reiteraba la pregunta “¿A dónde estuvo el color en Seattle¹?” (Martines, 2000).

Una década después, las ocupaciones de plazas de los años 2010 fueron espacios de encuentros entre ciudadanos y activistas de diferentes categorías sociales y grupos étnicos. En Nueva York, Occupy Wall Street fue un momento importante del encuentro entre estudiantes y activistas de movimientos sociales establecidos, en su mayoría “no-racializados” (blancos), con activistas “racializados” (negros y latinos en su mayoría) de barrios más populares de la ciudad. Viviendo esos encuentros, forjaron

¹ Una referencia a la protesta en contra de la OMC en diciembre 1999.

relaciones de confianza y de apoyo que desembocaron tanto en acciones de solidaridad cuando barrios populares fueron inundados por el huracán Sandy en 2012, como en la fuerza que tomó el movimiento Black Lives Matter años más tarde. En Estambul, la ocupación de la plaza de Gezi fue el escenario de encuentro entre activistas turcos de clase media, con activistas y ciudadanos del pueblo kurdo, oprimido y reprimido por el régimen turco. Allí forjaron relaciones de confianza interpersonales, iniciativas de apoyo mutuo entre las causas de los dos pueblos, confluyendo en la exigencia de un país más democrático y en contra de la opresión y de la represión del gobierno de Erdogan. Estos encuentros impulsaron una nueva perspectiva sobre los activistas kurdos, y reforzaron el nuevo partido a favor de la paz en Turquía, el Partido Democrático del Pueblo (HDP), logrando el 13% de los votos a nivel nacional en las elecciones de 2015, antes de ser fuertemente reprimido por el gobierno de Erdogan.

En Chile, la fuerte presencia de las banderas mapuche y rayados en este idioma tanto en la Plaza Dignidad como en otras ciudades del país simbolizó una de las dimensiones más significativa del estallido: el encuentro entre activistas y movimientos urbanos, con elementos de la cultura, la cosmovisión y la identidad mapuche. Como lo explican Fernando Pairican y Juan Porma (2022), “la mapurbiidad no solo estuvo presente, sino que ocupó un rol político y simbólico fundamental”. En este sentido, el estallido también tuvo una dimensión decolonial y contribuyó a ampliar una “plurinacionalidad desde abajo” (Pairican, 2022). Portando las banderas mapuches, los jóvenes presentes en la Plaza Dignidad buscaban mostrar el componente indígena de su identidad o su solidaridad con el pueblo mapuche. De esta forma, hicieron suya la denuncia de la represión, del robo de las tierras por parte del Estado chileno (Pu Lov y las Comunidades Lavkenche en Resistencia, 2017) así como la invisibilización de la identidad y de la cultura mapuche en la construcción colonial de la identidad

chilena. Este encuentro contribuyó a una transformación de la perspectiva de muchos jóvenes sobre su país. Como ocurrió en otros países latinoamericanos con el movimiento zapatista o con el "Sumak Kawsay" / "Buen Vivir", la cosmovisión de los mapuches se ha convertido en una inspiración para una nueva generación de activistas al momento de pensar nuestras relaciones con la naturaleza (de la cual formamos parte), lo que significa una vida digna, y la realidad pluricultural de un país. También se traduce en una forma distinta de conceptualizar la democracia (Pairican y Porma, 2022; Díaz y Pacheco, 2002), ya no sólo a partir del individuo-ciudadano situado al centro del modelo liberal de la democracia, sino también con sujetos de derechos colectivos y naciones distintas que deben ser reconocidos y protegidos por las democracias del siglo XXI, y que pueden volverse actores innovadores de ellas para hacer frente a retos mayores de nuestra época, que van desde el cambio climático y la preservación de la naturaleza hasta la promoción de relaciones sociales más armoniosas.

8. Relación a la política institucional: ¿un pragmatismo político?

Si reducir los movimientos sociales a sus impactos en la política institucional es un error, ignorar su relación con esta arena y sus actores también lo es. En este ámbito, los movimientos de la década del 2010 conocieron una evolución significativa. Al inicio del período, las revueltas ciudadanas y ocupaciones de plazas, incluyendo las revoluciones árabes (Khosrokhavar, 2013), el 15M español, Occupy Wall Street, el movimiento de Gezi en Turquía o las protestas de junio 2013 en Brasil, adoptaron mayoritariamente una postura anti-partidista y anti-institucional (falsamente calificadas de "anti-política" por algunos analistas). Se centraron más bien en prácticas no-representativas y prefigurativas (Pleyers, 2010), implementando la horizontalidad y los valores democráticos

del movimiento en las asambleas mismas, así como en los comités temáticos desplegados en las plazas. Las protestas multitudinarias de junio 2013 en Brasil también se oponían a todos los partidos políticos y exigían mayor justicia social y una democracia más participativa (Bringel & Pleyers, 2019).

El rechazo a un militatismo político más clásico por la mayoría de los actores de estos movimientos dejó un vacío en la política electoral. En algunos países, este espacio fue ocupado por líderes carismáticos progresistas que, si bien estaban fuera del movimiento, resonaban con algunas demandas y lograron combinar unos elementos de la cultura "movimentista" con la lógica de la política institucional (Della Porta, Fernández, Kouki, Mosca, 2017), como fue el caso de Podemos en España, del Partido Laborista de Jeremy Corbyn en el Reino Unido, o las campañas de Bernie Sanders y Alexandra Ocaso Cortéz en Estados Unidos. Este espacio político fue ocupado por actores de la ultra-derecha. El autoritarismo creció en los países árabes y las revoluciones pacíficas en Siria y Bahrein fueron reprimidas, dejando decenas de miles de muertos. En Turquía, el ambiente democrático de Gezi dio lugar a un giro autoritario, marcado por asesinatos de actores políticos, sociales o culturales kurdos, junto con la detención de centenas de opositores al presidente Erdogan. En Brasil, las marchas de 2013 fueron animadas por demandas y actores progresistas, que pedían más democracia, más igualdad, menos violencia del estado y mejores servicios públicos. Sin embargo, un año después, la derecha retomó el liderazgo del ciclo de protestas (Bringel y Pleyers, 2019), promoviendo el desafuero de la presidenta Dilma Rousseff, las políticas neoliberales del gobierno de Temer.

En América Latina, la distancia entre los movimientos y la política institucional es tradicionalmente menor que en otros continentes. Si bien los movimientos de los años 2010 abrieron un espacio para

la cooptación política, también introdujeron innovaciones políticas, buscando articular la lógica de los movimientos en la política partidaria. Por ejemplo, en Brasil surgieron innovaciones políticas como las candidaturas plurinominales (Faria, 2020) que permitieron incrementar el número de activistas en las elecciones locales y el consejo municipal sin perder la autonomía de las redes activistas frente a la lógica partidista.

En este panorama, el caso chileno resalta como uno de los más interesante en términos de las traducciones de los movimientos en la arena político-institucional. El estallido contribuyó a la histórica elección a la Presidencia de la República de uno de los líderes de un movimiento anterior, el movimiento estudiantil de 2011, en el cual el liderazgo y el protagonismo de actores políticos era más fuerte (Disi, 2018). Como en España (Marzolf y Ganuza, 2016) y otros países, surgieron innovaciones políticas, nuevos partidos y alianzas electorales, como es el caso del Frente Amplio. La traducción más innovadora del dinamismo de los movimientos sociales encontró probablemente su expresión más interesante en la primera asamblea constituyente, en la cual el pueblo chileno eligió una mayoría de miembros independientes de los partidos políticos. Resultó en una de las propuestas de constitución más progresistas a escala global. A su vez, amplió el reto de la conexión entre esta lógica ética de los movimientos sociales con la lógica política (Garretón, 2016), así como el desafío de articular este proceso con sectores mayoritarios de la población chilena.

Mientras que el rechazo a todos los actores y partidos políticos fue una característica de la mayor parte de los primeros años de la década, en 2019 las conexiones con los procesos más institucionales formaban parte de las preocupaciones del movimiento. Para una parte de los actores del estallido, la conexión con los actores políticos se operó mucho más rápidamente tras la etapa del acontecimiento intenso del

autumno 2019, mientras otra parte mantuvo una postura anti-partidista que se tradujo por ejemplo en campaña a favor del voto nulo en las elecciones de los consejeros convencionales de mayo 2023 en las cuales la proporción de votos nulos y blancos alcanzó 21%.

9. Movimientos sociales, política y cambio social

En una coyuntura política y social compleja, es importante recordarnos que el impacto de las revueltas y de los movimientos ciudadanos en la política institucional es rara vez directo y a menudo no va en la dirección de los movimientos. Por ejemplo, unas semanas después de mayo 1968, con la más amplia huelga obrera en Francia desde la segunda guerra mundial y la revuelta estudiantil que se volvió un símbolo global, las elecciones nacionales de junio 1968 entregaron la más amplia victoria a los partidos de derecha desde 1945. En la historia más reciente de las Américas, cabe recordar que cinco años separan las protestas multitudinarias de "Junho 2013" de ciudadanos que pedían un Brasil más justo y más democrático, de la victoria electoral del líder de la extrema derecha Jair Bolsonaro (Bringel & Pleyers, 2019). Cinco años es también el lapso que separa Occupy Wall Street de la elección de Donald Trump en Estados Unidos. En Chile, la sucesión de movimientos sociales históricos y en su época sin equivalente desde la dictadura, como el movimiento estudiantil de 2011 y el movimiento No Más AFP, no impidió el regreso a la Moneda de Sebastián Piñera, el empresario que más encarnaba el sistema que denunciaron estos movimientos. Su re-elección en 2017 invita a matizar los impactos inmediatos de los movimientos progresistas y a no ignorar la agencia y la capacidad de adaptación de los actores que buscaban mantener la "matriz sociopolítica chilena" (Garretón, 2016) y lograron limitar la profundidad de los cambios sociales impulsados por el movimiento estudiantil (Cortés, 2022).

Los vínculos entre revueltas sociales y políticas institucionales nunca son sencillos, como lo ilustró la sucesión de protestas ciudadanas masivas seguida de otras por movimientos conservadores y victorias electorales de líderes reaccionarios con tendencias autoritarias en varios países de América latina (Weyland, 2019) y del mundo (Gerbaudo, 2022) en la década que siguió 2011. Y los movimientos sociales son mucho más que la búsqueda de influir la arena política institucional. Reducir los movimientos sociales a sus impactos en la política institucional o al ámbito electoral es un sesgo analítico que impide entender algunas dimensiones fundamentales de estos actores y una parte importante del cambio que impulsan. Por ejemplo, el impacto del movimiento feminista no se resume en una serie de leyes que afirmaron la igualdad de género, otorgaron el derecho a votar o permitieron el aborto. Ha contribuido a transformar las subjetividades, los comportamientos y las visiones del mundo de las mujeres y de los hombres en la vida cotidiana, en las esferas profesionales, educativas y públicas (Federici, 2018; Suárez- Krabbe, 2020).

El primer propósito de los movimientos sociales no es cambiar la política institucional, pero sí cambiar la sociedad, “producirla”, para retomar la formulación de Alain Touraine (1978). Si bien es cierto que junio de 1968 dio la más amplia victoria electoral a la derecha francesa, el impacto histórico de estas elecciones fue menor que el del movimiento social y cultural de 1968, nadie se acuerda de las elecciones de junio 1968, mientras mayo de ese mismo año marcó a profundidad la sociedad francesa, quedándose como un punto de inflexión y una referencia global.

No debe llevarnos a negar la importancia de la batalla parlamentaria o de la preparación del proceso constitucional (Cortés, 2022; Delamaza, 2020). La llegada al poder de líderes reaccionarios como Trump y Bolsonaro tuvieron impactos funestos sobre la vida de millones de estadounidenses y de brasileños y

resultó en la muerte de decenas de miles de víctimas adicionales de la COVID-19. Sin embargo, una dimensión fundamental de movimientos y revueltas, como el mayo de 1968 en París, el 15M y los indignados, es precisamente cuestionar la centralidad de la política institucional en los mecanismos de cambio social (Rancière, 2015; Arranz Guilarte, 2021). Los movimientos progresistas de la década de 2010 nos recuerdan que la democracia no sólo radica en las instituciones y en las elecciones. Se trata de vivir la democracia como una experiencia, en las prácticas cotidianas, y como una ética personal (Pleyers, 2018).

Conclusión

Analizar el estallido chileno dentro de la ola de movimientos y revueltas ciudadanas que conmovieron países y regímenes políticos en todas las regiones del mundo desde 2011, proporciona una comprensión más amplia de las contribuciones y los desafíos del movimiento chileno, en términos de las dinámicas sociales, culturales y políticas que impulsó y fortaleció.

El destino de estos movimientos, así como la dinámica social y política en los distintos países abordados nos recuerda que el cambio social hacia un mundo más justo y democrático no es un proceso lineal. Ocurre por avances y retrocesos, pasando por la euforia de compartir con miles de personas en las plazas públicas o de victorias políticas y sociales, y las desilusiones cuando procesos electorales develan que los actores del movimiento democratizador son minoría entre la población del país, o que el Estado logra reprimir las aspiraciones democráticas de manera violenta pero eficaz.

De igual manera, las enseñanzas de los movimientos sociales en distintos países invitan a integrar mejor el protagonismo de los actores y movimientos reaccionarios en los análisis de los

movimientos sociales contemporáneos. También contribuyen a matizar el optimismo ilusorio de una mutación rápida y sin limbo a una sociedad más justa y democrática. Chile ya pasó por esta etapa. Seis años después del histórico movimiento estudiantil de 2011, Sebastián Piñera regresó a la presidencia de la República. Demostró la capacidad de adaptación de la derecha (Cortés, 2022), pero no invalidó la dinámica de los movimientos sociales. Todo lo contrario. El movimiento No Más AFP logró su auge en 2017. Un año después ocurrió lo mismo para el movimiento feminista de 2018. En 2019 ocurrió el estallido, y al año de su explosión se inició el proceso de Asamblea Constituyente.

Mientras tanto, se va haciendo más evidente que el “despertar chileno” no se limitó a sus impactos políticos. Forma parte de los movimientos sociales en el sentido fuerte que Alain Touraine (1978) dio a este concepto: actores que llevan sus luchas al plano de la historicidad, que buscan transformar los modelos culturales centrales de una sociedad. El estallido atravesó todas las dimensiones de la sociedad chilena, así como los individuos y colectivos que participaron en él. Impulsó procesos transformativos en múltiples ámbitos, desde la política hasta la vida cotidiana y las relaciones familiares, resultando en una profunda transformación de lo que significa ser chileno en el siglo XXI.

Sin embargo, los acontecimientos del proceso constituyente recordaron que el “pueblo del estallido” solo constituye una parte del pueblo chileno. Entre los intelectuales progresistas, existe también ese sesgo de enfocar la mirada y el análisis únicamente de un lado del panorama social y político. Si mantenemos que los movimientos sociales contribuyen a la producción de la sociedad, es indispensable mencionar que no sólo los movimientos progresistas producen a la sociedad. También lo hacen los movimientos conservadores y el “movimiento para un capitalismo global” (Sklair, 1997).

El caso de Brasil nos recuerda que la manera de interpretar los movimientos sociales no es solo coyuntural, cambia según el estado del debate social y político, y también es parte de la batalla que dan actores progresistas y reaccionarios por la identidad del país y sus orientaciones políticas, sociales y culturales (Bringel y Pleyers, 2015). En Chile también se abrió un debate sobre la interpretación del estallido después el rechazo de la propuesta constitucional, actores reaccionarios buscaron reducirlo a unos actos de delincuencia mientras que otros a un sueño sin base real.

El estallido reforzó una dinámica "movimentista" y abrió espacios para debates públicos sobre temas claves de la vida colectiva y el país que querían los chilenos en el siglo XXI. Lejos de ser lineal, el proceso fue marcado por resultados contrastados en los tres primeros plebiscitos del proceso constituyente, recordando a los que participaron del estallido de 2019 que los eventos intensos como los que ocurrieron en esta primavera son momentos importantes en la vida de un país. Sin embargo, solo son etapas en un proceso de cambio que pasa por caminos complejos para los cuales se tiene que tomar en cuenta perspectivas políticas y visiones del país distintas a las que se expresaron en las calles y en las plazas. Para su análisis, todavía nos falta un retraso temporal y analítico frente a los acontecimientos políticos y sociales que conmueve el país.

Bibliografía

- Araujo, K. coord. (2021) *Hilos Tensados: para leer el octubre chileno*, Santiago: USACH.
- Arranz Guilarte M. (2021) Guy Debord y los situacionistas. El auge de la vida cotidiana en los albores de mayo de 1968, *Historiografías*, 22 : 75-89.
- Bayat A. (2017) *Revolution without Revolutionaries: Making Sense of the Arab Spring*, Stanford, Stanford University Press, 2017.

- Bérourd S., Dufresne A., Gobin C., Zune M. (2022) Sur le terrain avec les Gilets jaunes: Approche interdisciplinaire du mouvement en France et en Belgique, Lyon : Presses Universitaires de Lyon.
- Bringel B., Pleyers G. (2017) Protestas e indignación global, Buenos Aires, CLACSO.
- Bringel B., Pleyers G. (2019) June 2013, five years later: Polarization and reconfiguration of activism, In: Puzone, V., Miguel, L. (eds) The Brazilian Left in the 21st Century, Londres: Palgrave. doi:10.1007/978-3-030-03288-3_11
- Brunner, JJ (2021). "La rebelión de una generación desengañada", en Peña C. y Silva P. coord. La revuelta de octubre en Chile. Orígenes y consecuencias, Santiago: FCE, p. 75-104.
- Cortés A. (2022) Chile, Fin del mito, Santiago: RIL.
- Delamaza, G. (2020) La participación ciudadana en el proceso constituyente, Santiago: Plataforma Contexto.
- Della Porta D., Fernández J., Kouki H., Mosca L. (2017) Movement parties against austerity, Cambridge, Polity.
- Díaz Polanco H., Pacheco C. (2002) México diverso, México: FCE.
- Disi Pavlic, R. (2018). Sentenced to Debt: Explaining Student Mobilization in Chile. *Latin American Research Review*, 53(3), 448–465. <https://doi.org/10.25222/larr.395> otro?)
- Elwert, G 2001, 'Boas Franz (1858-1942)', in N, Smelser & P, Baltes coord., *International encyclopaedia of the social and behavioural sciences*, Elsevier, New York, pp. 1266-1270.
- Faria Flavia (2020) Epistemología emancipatória de coletivos políticos, *Simbiótica* Vol. 7(3). www.redalyc.org/articulo.oa?id=575965959003
- Federici S. (2018) Re-enchanting the World: Feminism and the Politics of the Commons, New York: PM Press.
- Ganter, R., Goecke X, Henríquez K., Zarzuri R. coord. (2022) *El despertar chileno*, Buenos Aires, CLACSO.
- Garretón MA (2016) La gran ruptura: institucionalidad política y actores sociales en el Chile del siglo XXI, Santiago: LOM.
- Gerbaudo P. (2022) The Great Recoil: Politics after Populism and Pandemic, London: Verso.
- Glasius, M. y Pleyers, G. (2013) The global moment of 2011: Democracy, social justice and dignity, *Development and change* 44 (3), 547-567.

- Handique Vaishali (2020) Not just regime change: Women and protest movements in Sudan, *Quarterly on Contemporary World Affairs*, https://globalpolitics.in/pdf_file/articles/vaishaliwomen.pdf
- Henríquez K. (2022) Adhocracias y repliegues reflexivos. La calle y las introspecciones personales en las actorías sociales del 18-O, En: Ganter, R., Goecke X, Henríquez K., Zarzuri R. coord. *El despertar chileno*, Buenos Aires, CLACSO, p. 163-179.
- Henríquez K. (2020) Participación juvenil con centralidad en el sí mismo: Adhocracias en un grupo de estudios chileno, *Revista Estudios Avanzados*, p. 40-51.
- Julián-Vejar D., Osorio S., Pérez D. (2022) "Sindicalismo y revuelta popular en Chile (2019). Entre la ofensiva neoliberal y el movimiento pendular". En Gallorio A. y Julián-Vejar D. coord. *Estudios del Trabajo desde el Sur*, Santiago: Ariadna, pp. 83 – 105.
- Khosrokhavar, F. (2012) *The New Arab Revolutions that Shook the World*. Boulder: Paradigm.
- Laine S., Suurpää L., Ltifi A. (2017) Respectful Resistance: Young Musicians and the Unfinished Revolution in Tunisia, in: Oinas E., Onodera H., Suurpää L. "What Politics? Youth and Political Engagement in Africa", Amsterdam: Brill, p. 58-73
- Martines E. (2000) "The WTO: Where Was the Color in Seattle", *ColorLines*, vol. 3(1), pp.11-12.
- Marzolf H., Ganuza E. (2016) ¿Enemigos o colegas? El 15M y la hipótesis Podemos, *Empiria. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, Vol.33, pp. 89-110
- Miranda, Natalia (2022) No más Afp: dos activismos contra el sistema de pensiones chileno. Tesis doctoral. Universidad Católica de Lovaina.
- Muggenthaler F., Bringel B. y Martínez A. coord. (2021) *Desbordes. Estallidos, sujetos y porvenires en América latina*, Quito: Rosa Luxemburgo.
- Osorio Lavín, S., & Velásquez, D. (2021). El poder sindical en el "Estallido social" chileno. La huelga general de noviembre de 2019. *Revista Española De Sociología*, 31(1), a91. <https://doi.org/10.22325/fes/res.2022.91>
- Pairican F. (2022) *La vía política Mapuche: apuntes para un Estado Plurinacional*. Editorial Paidós.

- Pairican F., Porma J. (2023) La revuelta anticolonial. El pueblo Mapuche en el Estallido y su camino a una Constitución Plurinacional, In: K. Henríquez y G. Pleyers coord. "Chile en movimientos", Buenos Aires: CLACSO.
- Paredes J.P. (2021b) Una hermenéutica de las huellas: Observaciones sobre el acontecimiento de octubre 2019, Cuadernos de Teoría Social 7 (14), 56-73
- Paredes JP (2021a) La "Plaza de la Dignidad" como escenario de protesta, Revista de Humanidades de Valparaíso, 2021, No 17, 27-52. DOI <https://doi.org/10.22370/rhv2021iss17pp27-52>
- Pleyers G. (2023) *For a global sociology of social movements*, Globalizations, Vol. 20. DOI: 10.1080/14747731.2023.2173866
- Pleyers, G. (2018) Movimientos sociales en el siglo XXI, Buenos Aires: CLACSO
- Ponce Lara C. (2020) El movimiento feminista estudiantil chileno de 2018: Continuidades y rupturas entre feminismos y olas globales, Izquierdas, p. 1554-1570.
- Ponce, D. (2020). "Hacia un nuevo cancionero popular: música, creación y política e la revuelta social chilena (2019-2020)". *Boletín Musical*, 54: 29-51.
- Pu Lov y las Comunidades Lavkenche en Resistencia (2017) *¡Xipamün Pu Ülka! La usurpación forestal del Lavkenmapu y el proceso actual de recuperación*, Santiago: Libros del perro negro.
- Rancière J. (2015) « C'est cela la politique : trouver une manière de faire ce qu'on n'est pas supposé faire, d'être là où on n'est pas censé être », *Ballast* Vol. 3 : 58 – 73
- Rovira, G. (2017). *Activismo en red y multitudes conectadas*, Ciudad de México: Icaria
- Sandoval, J. (2023) Juventud, acción colectiva y acontecimiento Una lectura al ciclo de acción colectiva chileno. En Henríquez, K. (coord.). *Juventud y Pandemia Investigaciones, reflexiones y propuestas*. Santiago, Ariadna Ediciones.
- Somma N., M Bargsted, R Disi Pavlic, RM Medel (2021) No water in the oasis: the Chilean Spring of 2019–2020, *Social Movement Studies* 20 (4), 495-502
- Suárez- Krabbe, J. (2020) Relinking as healing: Ruminations on crises and the radical transformation of an antisocial and

antirelational world. Convivial Thinking,
www.convivialthinking.org/index.php/2020/10/05/relinking-as-healing/

Touraine A. (1978) *La voix et le regard*, Paris : Seuil.

Türkmen B. (2016) La subjectivité des femmes 'çapulcu' à Gezi, In : G. Pleyers & B. Capitaine, « Mouvements sociaux. Quand le sujet devient acteur », Paris : MSH, p. 49-70

Weyland, K. (2019). *Revolution and Reaction: The Diffusion of Authoritarianism in Latin America*. Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/9781108692823>



Este obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.